

PREGÓN DE LA NAVIDAD

COFRADÍA MARRAJA

ENCONTRAR A JESÚS



Queridos amigos: ¡Siempre me sitúo con gran respeto ante el hecho de pregonar!

Por supuesto que agradezco la invitación de mi querida Cofradía Marraja de ser Pregonero de la Navidad.

Pero pienso que no es sencillo aunque sí admirable en un momento tan peculiar de nuestra vida – con lo que está cayendo, como decía aquel – para hablar de una noticia – la Gran Noticia de toda la Historia de la Humanidad: el momento solemne en el que *“Cristo Jesús, siendo de condición divina se despojó de su rango tomando la forma de esclavo y haciéndose hombre como nosotros”* (Fil 2, 6 –11).

NAVIDAD, la fiesta del encuentro – como la llama el Papa Francisco –. *“Del encuentro con Jesús. La Navidad es encontrar a Jesús. Se nos invita a que nos preguntemos cómo puedo*

encontrar a Jesús, si estoy dispuesto a encontrarlo o me dejo llevar por la vida como si ya estuviera todo jugado”

Los Profetas que recorrieron la historia de los hombres anunciando cosas de Dios: - unos sabiendo lo que decían y otros siendo simplemente voceros del Altísimo - fueron preparando el camino para que el Apóstol más querido de Jesús nos dijera que: *“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios... el Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos contemplado su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”* (Jn. 1, 9. 14)

Yo no vengo para pregonar una verdad que pudiera tener tan solo mi medida, ni una belleza que solo contase con la firma de mi torpe ingenio – como decía un gran escritor – ni una bondad que sin más coincidiese con mi escasa virtud. La grandeza del pregón que quiero comunicar, consiste en que aunque lo canten mis labios, no me tienen a mí como autor, sino que me obliga a ser también oyente de una historia pregonada que coincide con la historia del mismo Dios. Ser pregonero de una Verdad, de una Belleza y una Bondad, que también se me dan a mí como gracia y como don, constituyéndome en un humilde vocero, en un sencillo y humilde portavoz.

Dos palabras me parecen inevitables siempre que se habla de la Navidad: **asombro y locura**. Asombro por parte de nosotros, los creyentes. Locura por parte de Dios. Dos palabras que van más allá de la simple ternura.

Porque tal vez hayamos reblandecido la Navidad a base de ternurismos. La sonrisa, la ingenuidad, la ternura, son partes inevitables de la Navidad. Pero la Navidad, que también es eso, es también mucho más. Buenos son los turronec, los champagne y los nacimientos. Buenos, siempre que no se queden en frivolidad superficial y en simple ternurismo.

Porque la Navidad es un tiempo dulcísimo, pero también tremendo, como tremendo es eso de que Dios se haga uno de nosotros, que Dios haya querido no sólo parecerse, sino ser también un Niño como los nuestros.

Hay un verso de Góngora que a mí me impresiona siempre y en el que el poeta defiende que el día de Belén es más importante que el día del Calvario, porque, dice el poeta: ***“hay mayor distancia de Dios a hombre, que de hombre a muerto”***.

Efectivamente, el gran salto de Dios se produjo en Belén, su gran descenso hacia nosotros. Y nuestra gran subida. Porque ***“si Dios se ha hecho hombre, ser hombre es la cosa más grande que se puede ser”*** Por eso decía antes que la gran locura de Dios se produjo este día en el que se atrevió a hacerse tan pequeño como una de sus criaturas. Locura a la que los hombres deberíamos responder con ese asombro interminable de quienes vivieron casi asustados de la tremenda bondad y misericordia de Dios.

Por eso que la mejor manera de celebrar la Navidad sea volverse niños. A la locura de Dios, los hombres solo podemos responder con un poco de locura bendita y pequeña que es hacerse niños. Al portal de Belén solo se puede llegar de dos manera : teniendo la pureza de los niños, o la humildad de quienes se atreven a inclinarse ante Dios

UN COMIENZO ADMIRABLE

Dejadme que recuerde el comienzo de la historia allá en Nazaret, cuando el ángel Gabriel pedía a María su colaboración y servicio para un Proyecto Redentor. En aquel momento la Creación entera quedó pendiente de la respuesta de los labios y sobre todo del corazón de María.

El Creador se había desbordado en su respeto a la libertad humana, había apostado su omnipotencia esperando el consentimiento de una muchacha a su Plan divino.

El mismo ángel Gabriel temblaba como la rama de un árbol mecida por el viento...si no fuera porque las cosas más profundas de Dios suceden en la discreción de lo escondido, aquel instante sublime en el que Dios esperaba la contestación de María, el Sí de María, habría callado al mundo, habría cesado el universo en su constante movimiento, para oír aquellas hermosas palabras: ***“Aquí está la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra”***.

Pero volvamos al momento culminante: En la noche en la que todas las estrellas prestan su luz al astro de Oriente, en las catedrales y en las chozas convertidas en capillas, en las basílicas y en los templos destechados, en las iglesias recién estrenadas y en los santuarios cuyos muros aún muestran las heridas frescas o las cicatrices empolvadas de una guerra (**Siria Iram etc**); en las iglesias caídas por los fieros terremotos en Italia; en plena luz de luna o a escondidas... (porque hasta a algún Estado se le ha ocurrido, en un arrebato de imaginación recaudativa, cobrar una multa de diez dólares al ciudadano que cometa la criminal barbaridad de celebrar la Navidad)..., numerosos cristianos de los cinco continentes se arrodillarán durante la misa de Nochebuena en el momento de la recitación del Credo al alcanzar las palabras: ***“...y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen, y se hizo hombre...”***

Será una ola ininterrumpida de veinticuatro horas, orquestada por la batuta infalible y precisa de los husos horarios del planeta. Primero los cristianos de Islas Midway, en Samoa, después Hawaii, y sucesivamente: Alaska, Arizona, Ciudad de México, Caracas, Monrovia, Dublín, Roma, Madrid, Sarajevo, El Cairo, Jerusalén, Calcuta, Seúl..., para terminar en las islas Fiji.

Un globo que se cimbrará a causa de tantas rodillas que hincarán el suelo, o la piedra fría, o la arena, o el mármol, o el cojín, o la hojarasca...

Hincar significa "introducir o clavar una cosa en otra, apoyar una cosa en otra como para clavarla". El Poema del Mío Cid, al aludir a uno de los momentos más dramáticos del protagonista, cuando es desterrado injustamente por su rey, apostilla: "...e

hincándose de hinojos, de corazón rezaba". En algunas naciones donde se habla el español se utiliza más el verbo "hincarse" que "arrodillarse".

Hincarse es también rendirse ante el misterio. Es sentirse anonadado. Es inclinarse hoy ante un niño que ríe, que llora, que saluda, que busca los brazos de una madre, que juega, que se asusta, que no sabe hablar, y que es Dios.

Hincarse será también clavarse en el mundo, siguiendo el ejemplo de Aquél que, sin ser de este mundo, quiso clavarse en éste. ¿Qué es encarnarse sino hincar rodilla en tierra para probar el polvo de los hombres?

Pero hoy las rodillas de ese niño serán aún muy frágiles. Necesitará los cuidados de una madre que con el tiempo le enseñe a arrodillarse, a hincarse. Necesitará fuerzas en esas rodillas que, pese a todo, de camino al Calvario, tropezarán, sangrantes, tres veces.

En esta Navidad, cristianos de todos los países, arrodillémonos.

ANTE EL MISTERIO DE LA NAVIDAD

Pero, ¿qué es verdaderamente la Navidad para nosotros, los cristianos? Tal vez me respondáis que son los días de la ternura, de la alegría, de la familia. Pero yo, entonces, volvería a preguntaros: ¿Por qué en estos días nuestra alma se alegra, por qué se llena de ternura nuestro corazón? La respuesta la sabemos todos, aunque con frecuencia no la vivamos.

Yo diría que la Navidad es la prueba, repetida todos los años, de dos realidades formidables: que Dios está cerca de nosotros, y que nos ama.

Nuestro mundo moderno no es precisamente el más capacitado para entender esta cercanía de Dios. Decimos tantas veces que Dios está lejos, que nos ha abandonado, que nos sentimos solos... Parece que Dios fuera un padre que se marchó a

los cielos y que vive allí muy bien, mientras sus hijos sangran en la tierra.

Pero la Navidad demuestra que eso no es cierto. Al contrario. El verdadero Dios no es alguien tonante y lejano, perdido en su propia grandeza, despreocupado del abandono de sus hijos. Es alguien que abandonó él mismo los cielos para estar entre nosotros, ser como nosotros, vivir como nosotros, sufrir y morir como nosotros. Éste es el Dios de los cristianos. No alguien que de puro grande no nos quepa en nuestro corazón. Sino alguien que se hizo pequeño para poder estar entre nosotros. Éste es el mismo centro de nuestra fe.

¿Y por qué bajó de los cielos? Porque nos amaba. Todo el que ama quiere estar cerca de la persona amada. Si pudiera no se alejaría ni un momento de ella. Viaja, si es necesario, para estar con ella. Quiere vivir en su misma casa, lo más cerca posible. Así Dios. Siendo, como es, el infinitamente otro, quiso ser el infinitamente nuestro. Siendo la omnipotencia, compartió nuestra debilidad. Siendo el eterno, se hizo temporal.

Y, si esto es así, ¿por qué los hombres no percibimos su presencia, por qué no sentimos su amor? Porque no estamos lo suficientemente atentos y despiertos. ¿Os habéis dado cuenta de que con los fenómenos de la naturaleza nos ocurre algo parecido? Oímos el trueno, la tormenta. Llegamos a escuchar la lluvia y el aguacero. Pero la nieve sólo se percibe si uno se asoma a la ventana. Cae la nieve sobre el mundo y es silenciosa, callada, como el amor de Dios. Y nadie negará la caída de la nieve porque no la haya oído.

Así ocurre con el amor de Dios: que cae incesantemente sobre el mundo sin que lo escuchemos, sin que lo percibamos. Hay que abrir mucho los ojos del alma para enterarse. Porque, efectivamente, como dice un salmo *«la misericordia de Dios llena la tierra»*, cubre las almas con su incesante nevada de amor.

Navidad es la gran prueba. En estos días ese amor de Dios se hace visible en un portal. Ojalá se haga también visible en

nuestras almas. Ojalá en estos días la nevada de Dios, la paz de Dios, la ternura de Dios, la alegría de Dios, descienda sobre todos nosotros como descendió hace dos mil años sobre un pesebre en la ciudad de Belén.

Pues bien: la Navidad es como el tiempo en el que esa misericordia de Dios se reduplica sobre el mundo y sobre nuestras cabezas. Es como si, al darnos a su Hijo, nos amase el doble que de ordinario. Durante estos días de Navidad, todos los que tienen los ojos bien abiertos se vuelven más niños porque es como si fuesen redoblidamente hijos y como si Dios fuera en estos días el doble de Padre.

UNA GRAN NOTICIA PARA LOS POBRES

Existe un grave problema que yo quisiera evitar en mi pregón: si el anuncio del nacimiento del Hijo de Dios se hizo a los pastores y a la gente sencilla... no me gustaría – por mi falta de humildad y sencillez – que yo no me enterara de este gran Misterio y tampoco supiera anunciároslo a vosotros.

Cuando Jesús nació, ese gran acontecimiento fue anunciado en primer lugar a unos pastores. Tenemos que saber que en aquella sociedad del tiempo de Jesús los pastores eran muy despreciados. Se los consideraba a todos ellos como bandidos, tramposos y mentirosos. Tanto, que no podían ser elegidos nunca como autoridad, ni presentarse como testigos en un juicio.

La gran noticia de la historia, que es el nacimiento del Redentor, no se comunicó en primer lugar a las autoridades, ni a los sacerdotes, ni a la gente estudiada, sino a los más despreciados de la sociedad.

El mensaje que se les da a aquellos pastores, representantes de todos los despreciados del mundo, está lleno de alegría y esperanza. En primer lugar se les pide que no tengan miedo. Y

enseguida los ángeles les anuncian *"una buena noticia, que será motivo de mucha alegría para todo el pueblo: Hoy ha nacido para vosotros un Salvador..."* El nacimiento de Jesús tiene que ser motivo de una gran alegría para todo el pueblo. Ha nacido para vosotros, dice el ángel. Para vosotros, los despreciados y marginados de la sociedad... Gran noticia, porque comunica una gran esperanza...

Las señales que dan a los pastores para reconocer a su Salvador son las de la pobreza. Reconocerán a su Salvador justamente en que es pequeño, indefenso y muy pobre: Niño pequeño, envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Jesús no vino al mundo con señales de poder, ni de grandeza humana. Su nacimiento es pobre, entre pobres, y especialmente para los pobres.

La salvación del Niño-Dios viene en primer lugar para los despreciados y marginados de la sociedad. Se comunica desde abajo hacia arriba. El que va a destronar a los poderosos, no se presenta como un poderoso, sino como un indefenso.

Después que desapareció el miedo y se les llenó el corazón de esperanza, los pastores se animaron unos a otros para ir a encontrarse con aquel Niño, al que reconocieron como su Señor.

Y después de encontrar a Jesús, los pastores transmitieron aquella buena noticia a todos los que encontraban.

Y TU BELÉN LA CIUDAD MÁS PEQUEÑA

La Navidad es el sí de Dios a los hombres:
su altavoz es Belén, donde sin decir nada, lo dice todo
su Palabra, hecha carne, es Jesús
su grandeza viene adornada por la pobreza
su realeza disimulada en la debilidad de un Niño.
¡Dichosa tú Navidad!
Porque nos lo traes, con la misma fuerza de la primera vez,

a un Dios que, escondiéndose y revelándose en un Niño,
se hace fuerte en amor, humildad y pasión por el hombre
¡Dichosa tú Navidad!

Porque, en estas horas, alumbras lo que el mundo no tiene:
luz para aquellos que se disiparon en la oscuridad,
fortaleza con los que vegetan aplastados por la debilidad,
alegría para los que se hallan atenazados por la tristeza,
fe para aquellos que, por mil agujeros, la derrocharon.

Y hablando de Belén: ¿por qué no nos animamos y bajamos juntos a Belén? Dejadme que os invite a bajar la vieja montaña y descender a Belén... *“y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la más pequeña entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un gobernante que pastoreara a mi pueblo Israel”*.

Un gran poeta de la Navidad nos decía:

¡A BELÉN... VETE A BELÉN!

No era luna, sino estrella,
y un algo en ella veía
su ventana estaba abierta
y mi alma sorprendida.

¡A Belén... vete a Belén,
no esperes al nuevo día!,
la noche será silencio,
tus pasos, nubes dormidas.
Allí, bordada entre cedros,
Belén, la ciudad perdida,
serán sus besos destino,
del cielo, ancha avenida.

¡Ay, cuando vean tus ojos,
esa realidad tan viva!

El camino, no es camino,

ni soledad compañía.
Es mi estrella pensamiento.
Me guía su luz divina.

Ya se paró, allí, mi estrella,
en una cueva escondida,
sus rosas de primavera,
en el umbral, encendidas.

¡Entre cantos, más que notas,
vi al Mesías... El Mesías!
¡Toda la historia mirando
la divina profecía!
¡Y vi Sus Ojos... Sus Manos,
y que todo me encendía.
Sus Lágrimas no eran llanto,
sino sol que daba vida!

¡Pastores arrodillados...
y nadie salir quería.
Todo era el Niño y José.
Todo era el Niño y María!

Ya del camino, las flores,
belleza que no entendía,
veía en ellas Sus Ojos,
el no sé, que no sabía.
Ni las rosas, ya son rosas,
ni el río, agua perdida,
son Sus Labios, Su Sonrisa,
que me abrazan todo el día

Belén es sinónimo de novedad, de fuerza, de joven ilusión... Hay que abandonar el espíritu viejo, cansino, arrugado y un poco amargado y triste... para encontrarnos con una Buena noticia cargada de esperanza, de belleza, de eternidad...

En Belén es necesario entrar con una actitud joven, valiente, radiante, renovada, cargada de ilusión... Hay que llegar con aire de complicidad, de intriga, de admiración... sin recelos, sin ideas trasnochadas y retorcidas, sin cansancio...

Bajar a Belén sin pasión no vale para nada. Necesitamos vivir “con mística”, con garra... necesitamos la mística de los santo, de los mártires, de los locos de la venida Jesucristo al mundo.

Dejémonos intrigar... lleguemos con complicidad valiente esperando que entre en nuestro corazón la Buena Noticia de la venida al mundo de Hijo de Dios, de nuestro Salvador.

MARÍA, SIGNO DEL NACIMIENTO DE JESÚS

Hay en torno a la Navidad muchos signos que nos llevan a la ternura eterna de Dios al compadecerse de los hombres y decidirse a perdonar el pecado del mundo volviendo a reanudar las relaciones y traer nuevamente el diálogo y la paz rotos en el Paraíso por el pecado de Adán y Eva.

Dejadme que haga mención a mí parecer del más bello signo que nos habla de modo singular de la Navidad: según el Papa Francisco es la Virgen María que es el vaso más rebotante de la memoria de Jesús, el Niño Dios de Belén... *“A través de Ella, a través de su “SI” llegó la plenitud de los tiempos como llama San Pablo a la venida del Señor a la tierra. La venida de Dios al mundo – nos dice el Papa – “permite a la historia alcanzar su plenitud” que es “la presencia en nuestra historia del mimo Dios en persona”.*

Y de forma lapidaria el Papa se pregunta: *“¿Hasta cuándo la maldad humana seguirá sembrando la tierra de violencia y odio que provocan tantas víctimas inocentes?”. “Un río de miseria, alimentado por el pecado, parece contradecir la plenitud de los tiempos realizada por Cristo. Y sin embargo, este río en crecida*

nada puede contra el océano de misericordia que inunda nuestro mundo”.

Pero hay más signos que nos llevan a la Navidad:

- Cuando estamos abiertos a un cambio radical en nuestra vida y no nos conformamos con una postura raquítica de escondimiento ante la gran realidad de una sociedad injusta, inhumana e insolidaria... estamos sembrando semillas de Navidad...
- Cuando valoramos lo pequeño, lo sencillo, lo humilde dejando aún lado fantasmas de poder, de atesorar, de explotar al ser humano... estamos descubriendo sonrisas que vienen de un Niño recién nacido que nos mira con alegría imparable...
- Cuando no nos conformamos con la mediocridad, con pasar la vida sin pena ni gloria, huyendo dar la cara y evitando el compromiso..., sino que estamos dispuestos a pasar a una vida activa, comprometida y luchadora porque está en juego la construcción de un reino de amor... estamos, como los pastores yendo corriendo al Establo para fijar nuestros ojos en el Dios Niño que quiere cambiar el mundo...
- Cuando somos capaces de percibir el rostro y las huellas de Jesús en todo lo que en nuestro mundo hay de dolor, de sufrimiento, de pobreza... pero también de justicia, de amor, de esperanza y de solidaridad... estamos descubriendo el motivo especial del Nacimiento en Belén del Hijo de Dios salvador...
- Cuando descubrimos a los invisibles: aquellos que no cuentan, marginados, excluidos, pobres, desheredados... y aun que sea a tientas, nos comprometemos a ayudar fraternalmente para que crezca la luz de la caridad y del amor compartido... vamos empezando a entender el canto de los ángeles que en la noche de la Navidad se fijaba en el corazón de aquellos que Dios amaba porque habían entendido su corazón inmenso.

- Cuando nos incorporamos a ese mundo nuevo de tantos voluntarios que saben entregar su vida por los demás, que no se conforman con una vida egoísta... vamos entendiendo el sentido del gran Voluntario que comenzó en Belén su historia de dar la vida para rescatarnos del pecado y la culminó en una Cruz como prueba admirable de que no hay mayor amor que dar la vida por la persona que se quiere...
- Cuando vemos a tantos jóvenes que conocen ilusionados a Jesucristo y se enamoran de Él, construyendo una sociedad nueva y distinta, buscando valores profundos que llenan el alma y comprometen el corazón para continuar la labor emprendida una Noche Santa por un Niño que venía del cielo y que se había formado en el seno de una madre buena y admirable...vamos aportando riqueza y alegría a la venida de Jesús al mundo...
- Cuando encontramos una Cofradía llena de ilusión por trabajar en el Reino de Jesucristo, comprometida con las realidades de la vida de cada día, dispuesta a la unidad, al buen entendimiento entre todos, donde todos arriman el hombro; que no conoce las críticas, que sabe perdonar, que deja nacer cada día en su corazón al Hijo de Dios... esa Cofradía ha llegado a entender que toda la vida puede ser Navidad...

Recuerdo aquellos versos de un gran sacerdote periodista, muchos años enfermo, José Luis Martín Descalzo, que retrataban lo que significaba la vida sin tener cerca al Niño Dios:

*En medio de la sombra y de la herida
me preguntan si creo en Ti, Niño Dios. Y digo
que tengo todo cuando estoy contigo:
el sol, la luz, la paz, el bien, la vida.*

*Sin Ti, el sol es luz descolorida.
Sin Ti, la paz es cruel castigo.
Sin Ti, no hay bien ni corazón amigo.*

Sin Ti, la vida es muerte repetida.

*Contigo el sol es luz enamorada
y contigo la paz es paz florida.
Contigo el bien es casa reposada
y contigo la vida es sangre ardida.*

*Pues si me faltas Tú, no tengo nada:
ni sol, ni luz, ni paz, ni bien, ni vida.*

*Tengo todo cuando estoy contigo,
Si me faltas Tú, no tengo nada*

Ante el misterio de la Navidad siento muchas veces una notable nostalgia mezclada de cierta tristeza: no cala en el corazón de muchos cristianos la grandeza de ese inmenso acto de amor de Dios... No baña nuestras almas la gracia a raudales que brota de ese Niño acostado en el pesebre:

- ⇒ Dios quería con el Nacimiento de su Hijo acortar la distancia que había entre su corazón misericordioso y el hombre pecador...
- ⇒ Quería devolvernos la libertad perdida por nuestra maldad. Venía a romper cadenas y dejar volar nuestro espíritu buscando horizontes de belleza y grandeza que dignificaran nuestro camino...
- ⇒ No quería para nosotros angustia y soledad. Para eso dejaba él su Cielo. Venía como amigo y compañero para darnos la mano y evitar que volviéramos a caer en el barro sucio de nuestro egoísmo...
- ⇒ Quería devolvernos la paz que ansiaba nuestro corazón dolorido por los dardos del odio y la venganza...
- ⇒ Era necesario el diálogo sencillo de los hermanos para lograr la convivencia que el pecado había robado al entendimiento de los hombres...
- ⇒ Quería devolvernos la alegría fruto de la entrada de Jesús en nuestros corazones. Su mirada inocente de Niño iba a

devolvernos la verdadera felicidad fruto del convencimiento de que su Palabra hecha carne iba a abrirnos el alma y nos iba a brindar un camino lleno de motivos de verdadera esperanza que es señal de que la alegría se había hecho dueña de nuestro corazón

BELÉN ESTA SIEMPRE DENTRO DE NOSOTROS

Al llegar estos días siempre me ha gustado recordar aquellos pensamientos del obispo Alberta Iniesta, un obispo bastante rojillo por cierto: *“La Navidad es hermosa, sobre todo, porque desde ese momento sabemos que ya caminamos siempre en la vida y hacia la vida porque nuestros bailes y nuestra música en torno al pesebre son solamente un anticipo de nuestra fiesta humana, de nuestra alegre fraternidad eterna, de nuestra gozosa comunión con Dios y con los hombres. Belén está siempre dentro de nosotros.*

Siempre que estrechamos una mano con cariño, siempre que escuchamos a un hermano con comprensión, siempre que esperamos el proceso y la evolución de un mal carácter con paciencia, siempre que trabajamos por los demás con desinterés, siempre que luchamos por una sociedad sin partidismos, siempre que compartimos, siempre que alegramos la vida de alguien, siempre que levantamos a alguien caído y después le acompañamos en el camino, nace Jesús, nace Dios, es Navidad”.

- Vayamos también nosotros a Belén, con nuestro corazón, con toda la fe que podamos, con nuestra devoción y nuestra plegaria para llenar nuestra vida de esperanza.

■ **En Belén encontramos al Niño que es toda nuestra esperanza...**

Viene con la única misión de salvarnos y llenar nuestro corazón de esperanza...Viene para que aprendamos:

⇒ **aprendamos a sonreír:**

- Sin esperanza enfermaríamos de tristeza y seriedad
- perderíamos nuestra condición de niños
- terminaríamos siendo los unos para los otros una carga insoportable.
- Sin esperanza todo se vestiría de otoño y todos seríamos más viejos...

⇒ **aprendamos a soñar:**

- Sin esperanza seríamos aburridos...
- Siempre las mismas metas y los mismos caminos,
- siempre las mismas costumbres y los mismos objetivos.
- Sin esperanza no existirían cuentos para niños, ni ciencia ficción para los jóvenes, ni mitos y leyendas para los mayores...

⇒ **aprendamos a luchar:**

- Sin esperanza huiríamos ante cualquier amenaza y sucumbiríamos ante cualquier dificultad.
- Una persona sin esperanza es una persona derrotada.
- Sin esperanza no conseguiríamos nada, no corregiríamos defectos, no se ganarían batallas al orgullo y al egoísmo...
- Con esperanza se redoblan las energías y se ganan las batallas...

⇒ **aprendamos a rezar:**

- Conscientes de nuestra debilidad, la esperanza nos invita a mirar a lo alto.
- Nuestra confianza no se fundamenta en nuestras propias fuerzas y cualidades sino en las palabras y promesas del Señor. “*No pongamos nuestra confianza en nosotros mismos, sino en Dios que resucita* (2 Cor. 1, 9)

→ Al ver la distancia entre lo que podemos y lo que esperamos, no podemos hacer otra cosa que gritar y confiar: “*¡Señor, ven en nuestro auxilio!*”

⇒ **aprendamos a vivir:**

- No a subsistir, a ir tirando, a malvivir...
- Sin esperanza la vida es mortecina, aunque se viva mucho tiempo.
- No es cuestión de poner años a la vida, sino vida a los años...
- Sin esperanza la vida es una carga y un castigo, antesala del infierno
- Vivir es sembrar y esperar... es comprometerse y esperar... es dar y esperar... es sufrir y esperar... es morir y esperar

¡FELIZ NACIDAD!

Gracias, Señor,
porque te has acordado de nosotros
y nos has visitado...

Has venido a buscarnos
y te has quedado con nosotros.
Ya podemos decir que eres
un Dios – con – nosotros.

Danos la sencillez de los pastores,
de las personas buenas
para acogerte y para hacer sitio...

Haz que seamos la Cofradía una familia
donde Tú siempre tengas un puesto
- el mejor, el principal -
y donde tus gestos y tus palabras
sean para nosotros la estrella
que nos guía
mientras recorremos nuestra vida.

Enséñanos a hacer de nuestra Cofradía
el Belén del que salga paz, alegría, amistad,
acogida y amor a todos. Amén

¡FELIZ NAVIDAD PARA TODOS!

